

TRADUCCIÓN
AMANECER EN LA ALDEA
GUINGO

BAI HUA

Traducción del chino:
Duan Ruochan

Bai Hua, cuyo verdadero nombre es Chen Yonhua, nació en Henan, en 1930. Desde 1946 comenzó a escribir poesía y prosa que fueron publicadas en diarios locales. En 1949 ingresó al Partido Comunista Chino, y dos años más tarde, comenzó a tener cierto reconocimiento nacional, sobre todo como dramaturgo y escritor de guiones cinematográficos. En los años cincuenta fue criticado y ya no volvió a aparecer ninguna obra suya. En 1978, después de la caída de "la banda de los cuatro" publicó dos piezas de teatro: *Vivir como él* y *Aurora*, esta última representada con gran éxito. Continuó escribiendo teatro y guiones cinematográficos, y en 1981, a raíz de la película *Amor amargo*, fue duramente criticado.

Bai Hua representaba a la generación de escritores precoces que surgieron en los años cincuenta, pero que fueron silenciados durante muchos años debido a las críticas a las que fueron sometidos. En la actualidad han reaparecido, en su carácter de hombres maduros, tratando de dar un nuevo tono a la literatura realista que se aleje del realismo socialista. Bai Hua pertenece a la misma generación de Wang Meng (Véase *Estudios de Asia y África* 55 y 56), pero mientras este último ha sabido evadir las críticas formales, Bai Hua se ha constituido en centro de ataques, llegando a simbolizar para las autoridades el "camino erróneo" que han emprendido algunos escritores chinos. El cuento que se presenta a continuación, dentro de un tono realista, denuncia las actitudes sectarias e inflexibles que, en nombre de la pureza ideológica, oprimen al pueblo.

F. B. B.

Amanecer en la aldea Guingo

HAY QUE COMENZAR ESTE CUENTO sobre un amanecer, hablando de la noche anterior.

A fines de noviembre de 1979, Huang Sha, Secretario del Comité del Partido de la comuna, llegó a Guingo para "permanecer en un punto seleccionado". Iba a participar en el trabajo práctico durante un tiempo, con el fin de adquirir experiencia directa. Era como si un comandante en jefe se hubiera apostado en la frontera para defenderla en un momento crítico. Claro, eso no era más que su fantasía. En realidad, lo que pasaba es que había surgido una crisis en la brigada de producción: la brigada no podía tolerar las influencias externas. ¡Un fenómeno nada común!

Guingo no sólo era una frontera entre comunas, lo era también entre distritos y provincias. Muy cerca, al este de Guingo, se hallaba la aldea Álamo de la comuna A, del distrito B, de la provincia C. Por una pequeña colina en forma de lomo de tiburón pasaba una carretera que servía de frontera entre dos provincias, dos distritos y dos comunas.

Ya antes de la Gran Revolución Cultural, Huang Sha había seleccionado a Guingo como su "punto de permanencia". Como en los últimos años lo habían "dejado de lado", es decir, no le asignaban tarea alguna, ya había transcurrido mucho tiempo desde que "había permanecido" en ese pueblo. Nunca escatimó sus esfuerzos a favor del pueblo Guingo. En los últimos movimientos de masas, gracias a su dirección personal, se habían logrado muchos triunfos. Conocía al detalle las relaciones, los parentescos e, incluso, los enredos sentimentales más secretos del lugar.

El camarada Huan Sha había retornado al pueblo. Sin embargo, no había recibido la bienvenida que esperaba. Aunque llegó de noche, desafiando un frío viento de comienzos del invierno, cuando subió al lomo de la colina nadie estaba allí para salir a su encuentro. Tocó un buen rato la bocina de la bicicleta, y sólo al cabo de un tiempo apareció ante él un chorro de débil y amarillenta luz. Xiao Xuenxin, un veterano que acababa de ser reelecto como jefe de la brigada de producción, llevando en la mano una linterna de pilas muy débil, lo espe-

raba al lado de la carretera. Xiao Xuexin era un verdadero veterano activista del Partido. Durante la Reforma Agraria y el Movimiento de Lucha contra Déspotas Locales ya era gente de confianza. Era trabajador, inteligente, gracioso, ambicioso y fiel. Tenía agudeza de palabra y agilidad de mente, por lo que sabía replicar con rapidez. Huang Sha recordó que era cuatro años mayor que Xia Xuexin, o sea, que éste ya debía andar por los cincuenta. En la oscuridad pudo percibir que aún conservaba la misma silueta. ¿Por qué reinaba tanto silencio? Sí, ya era un poco tarde, pero no más que diez para las diez. Xiao Xuexin no dijo nada. Sólo extendió la mano áspera, tan familiar para Huan Sha, para estrechársela. Los jóvenes álamos de la ladera oriental de la colina ya habían crecido, transformándose en un pequeño bosque. Sus hojas, que se negaban a separarse de los árboles, susurraban, y al soplo del viento emitían sonidos metálicos. Sólo en este momento, Huang Sha se dio cuenta de que en la ladera occidental de la colina —su “zona de defensa” — no quedaban más que unas hierbas bajas y marchitas como si, para facilitar el ataque de una brigada de choque, se hubiéra despejado intencionalmente el terreno. Por un momento creyó que a lo lejos, intensamente alumbrada, se encontraba una pequeña ciudad. En seguida se dio cuenta de que ésa era la alde Álamo, provista de un cable de alta tensión. Lanzó un “hum” despectivo, empujó su bicicleta, y junto con Xiao Xuexin se puso en marcha cuesta abajo, para dirigirse al pueblo. Caminaban en silencio; la luz opaca de la linterna apenas alumbraba aquella carretera familiar para Huang Sha, por donde había ido y venido durante varios años. Algo impaciente, dijo:

“Apaga la luz, que me molesta. ¿Acaso crees que voy a caerme en algún hueco?”

Xiao Xuexin no dijo nada, pero eso no significa que no contestara. En los últimos años se había acostumbrado a contestar silenciosamente. Su rapidez de reacción y su velocidad para replicar no habían disminuido. Pero ahora era de noche y Huang Sha no podía darse cuenta de eso. Xiao Xuexin apagó la linterna y contestó entre dientes: “Claro, esta carretera no ha sufrido ningún cambio durante tantos años...”

“Xuexin —preguntó finalmente Huang Sha sin poder con-

tenerse—, antes hablabas como una ametralladora, y ahora, ¿qué te pasa?”

Xiao Xuexin movió levemente los labios, pero siguió en silencio; habló, sin embargo, con la misma rapidez, sólo que sus palabras no se oían más que con el corazón: “Hemos dicho demasiadas palabras vacías, ¿para qué seguir diciéndolas...?”

A la entrada del pueblo todavía seguía en pie aquel guingo, que a comienzos del invierno parecía aún más viejo. En 1958, durante la campaña de masas “para fundir hierro y acero, a fin de mantener el fuego de los pequeños hornos”, los comuneros habían talado, bajo la dirección personal de Huang Sha y al compás de gongs y de tambores, cuarenta y ocho enormes guingos de más de 50 años que rodeaban al pueblo. Cuando ya le habían insertado cinco milímetros la sierra al guingo número cuarenta y nueve, Huang Sha tuvo una idea. Dio un grito, y ordenó interrumpir la tala. Recordó que era justamente por esos 7×7 igual a 49 guingos que el pueblo era famoso en los alrededores. Si no quedaba ninguno, ¿no se produciría acaso una falta de correspondencia entre su nombre y la realidad? Claro está que, según la moda de aquel entonces, hubieran podido llamar al pueblo “Salto adelante”; sin embargo, había que conservar un árbol como testigo ante las masas populares, para que así pudieran confrontar la sociedad nueva con la vieja, y recordaran los sufrimientos de antes y los compararan con la felicidad actual. Éste sí que era un argumento muy elocuente, y con el corazón aliviado tomó la decisión. En ese momento el viejo árbol, tal vez para expresar su agradecimiento, comenzó a mecerse lanzando sus hojas menudas y gruesas sobre la cabeza de un Huang Sha ebrio de satisfacción. Habían talado pues, en aquel entonces, cuarenta y ocho guingos durante una vigorosa campaña de masas. Éstas eran siempre justificadas: no era necesario evaluar ni sus logros ni sus pérdidas y, por otra parte, hubiera sido inútil hacerlos. Conservar un guingo fue una demostración de que como dirigente con un alto nivel político, sabía hacer lo correcto en momentos clave y, que además, no se dejaba desviar por las masas: ¡CORRECTO!

Con toda naturalidad, Xiao Xuexin condujo a Huang Sha

ante su pequeño patio y tocó a la puerta. Enseguida se oyó la respuesta, clara y dulce, de una muchacha: "¡Ya voy!"

Se entreabrió la puerta. Huang Sha vio a una muchacha desconocida, cuyos ojos y dientes reflejaban la luz de las estrellas. Sonreía dulcemente. Huang Sha se extrañó: ¿Quién sería esa muchacha tan bonita que estaba en la casa de Xiao Xuexin? Sonriendo, la muchacha dijo: "¡Tío Huang!" Enseguida volvió a entrar en la casa. Entonces Huang Sha se dio cuenta de que era Xiao Juan. Durante el Movimiento de Limpieza en los Cuatro Terrenos (político, ideológico, organizativo y económico) ella no tenía más de seis años. A la mocosa le encantaba seguir a Huang Sha, diciéndole sin cesar: "Tío Huang", y rondaba entre sus piernas. ¡Claro, ya debía ser grande! Había oído decir que hacía diez años Xiao Xuexin había sido criticado y que su mujer había enloquecido de angustia; como nadie la cuidaba, se ahogó en un pozo. Tal vez, ahora Xiao Xuexin no tenía más compañía que Xiao Juan. Pero, ¿por qué se había asomado por la rendija de la puerta y luego había desaparecido? ¡Ah!, tal vez como ya era grande, le daba vergüenza.

"Xuexin, ya cené, así que no voy a entrar".

Xiao Xuexin contestó para sí: "¡Menos mal!", y de paso cerró la puerta. Acompañó a Huang Sha hasta la habitación tradicional para los cuadros de visita, situada junto al granero de la brigada de producción. Prendió la lámpara de kerosén, limpió de polvo la mesa y las sillas, y le sirvió a Huang Sha un vaso de agua. Para Huang Sha esta habitación, donde había pasado un sinnúmero de veladas, resultaba muy familiar. Aquel espejo cuadrado, antes nuevo y brillante, seguía en su mismo lugar, sólo que se había partido en dos. Ahora la cara que se reflejaba en él también estaba partida en dos. Huang Sha contempló su frente arrugada y los lados de los ojos llenos de surcos; sí, sólo podían llamarse surcos, no arrugas. El cabello era entrecano; sólo en su mirada quedaba aún una expresión de terquedad. Huang Sha se sentía muy cansado. Gracias a las múltiples informaciones que le había proporcionado la célula del Partido de la brigada, ya conocía las condiciones actuales del pueblo. ¿Qué más podría añadir Xiao Xuexin, que parecía mudo? Aunque le dijera algo, ya no lo escucharía. De todos modos, "permanecería" en el pueblo, y no le faltaría tiempo.

"Xuexin, ¡ve a descansar! Mañana a las cuatro y media de la madrugada saldremos al trabajo. Despiértame..."

Xiao Xuexin contestó para sí: "¡Eso no es nada difícil!"

Después de que se fue Xiao Xuexin, Huang Sha se acostó y apagó la lámpara. Pero al acostarse se le había ido el sueño. El desvelo realmente no era un mal que aquejara a los cuadros rurales, pues ellos eran como soldados en la trinchera: al acostarse, se dormían enseguida. Hizo todo lo posible por dejar de lado su preocupación por el trabajo, temiendo que eso le ahuyentara el sueño. Logró no pensar para nada en su trabajo, pero alternativamente se le aparecían una pequeña Xiao Juan que no cesaba de llamarle "tío Huang" y otra, ya grande, que después de un vistazo había desaparecido detrás de la puerta. Desde pequeña, a Xiao Juan le gustaba arreglarse. A menudo señalaba el puño roto de su camisa y le decía a Huang Sha: "Tío Huang, está roto, roto". Igualmente indicaba las blusas estampadas de las muchachas más grandes y le decía: "Tío Huang, flores". Huang Sha, bromeando y acariciando la cabeza de Xiao Juan, le decía: "Tienes una ideología bastante burguesa". Xiao Juan, que no sabía lo que era, moviendo la cabeza, asentía diciendo: "Sí", lo que provocaba una risa general de los mayores.

Huang Sha imaginaba a la Xiao Juan que vería mañana al amanecer: iría con su blusa estampada; como adorno tendría prendidos en los cabellos dos de aquellos crisantemos silvestres de color dorado, tan resistentes al frío, que abundaban en la localidad y que alegraban la vista. La muchacha mostraría sus dientes blancos al llamarlo "tío Huang". Tal vez era la muchacha más linda del pueblo. En cuanto al problema del vestido, Huang Sha era ahora mucho más tolerante. Que desde niñas a las muchachas les gustara lo bello, no era quizás una característica especial de la burguesía. A lo mejor eso no era un asunto de lucha entre dos clases o entre dos líneas políticas.

Poco rato después, los gallos comenzaron a cantar. Al principio fue la melodía lejana de un gallo. Por experiencia podía afirmar que ese gallo pesaba por lo menos dos kilos, tenía muslos esplumados, la cresta alzada, caminaba con enérgicos pasos —como esos guerreros cubiertos de armaduras doradas de la época antigua— y atraía con frecuencia a toda una

bandada de estúpidas gallinas cluecas. Al primer canto del gallo siguieron otros aquí y allá, como si se tratara de una competencia de timbres de voz, todos tan claros, con sonidos tan melódicos y una resonancia tan dulce, que resultaba indudable que esos animales estaban muy bien alimentados. Por el volumen de sus cantos, todos aquellos gallos eran de la primavera y habían roto el cascarón antes de abril. De súbito, el canto alegró a Huang Sha y ante sus ojos brillaron las colas doradas y luminosas de los gallos. Pero pronto su razón le advirtió: ¿Esto será bueno? ¿Para qué crían los campesinos tantos pollos? Muchas gallinas pondrían numerosos huevos. Al tener tantos huevos se apresurarían a ir a la feria con sus cestos en la mano y con sus costales en el hombro, para luego contar los múltiples billetes multicolores. ¡Qué horror sería si los campesinos tuvieran mucho dinero! Eso sí que era un problema que tenía que ver con la línea política. De súbito, el canto de los gallos, semejante a una sinfonía, se volvió desagradable. Definitivamente, era un desafío por parte de las "fuerzas espontáneas". Se sintió algo indignado. Acto seguido se puso a escuchar y a reflexionar, y de repente se dio cuenta de que esos peligrosos cantos provenían de la aldea Álamo, situada al este. Sólo así pudo sentirse tranquilo, como si se hubiera liberado de un peso: el problema no había surgido dentro de la esfera de su responsabilidad. Con razón la célula del Partido de la brigada había pedido urgente socorro, una y otra vez. ¡A lo mejor el coro de los gallos de Álamo era la porra de los seguidores del camino capitalista! Huang Sha sabía bien que los campesinos eran fáciles de seducir, sobre todo mediante intereses económicos tangibles. Una vez allí tendría que aceptar el desafío. Huang Sha consideraba que había dedicado toda su vida a luchar incansablemente por impedir que se engañara los campesinos. Pero, ¿por qué los gallos de Guingo no cantaban? ¿Habrían sido reprimidos por el desafío de la gran banda de gallos de Álamo? ¿O acaso era que, debido a la alta conciencia política de los militantes, no había mucha cría de pollos? Como para responder a sus dudas un gallo del pueblo, arriesgando su vida, lanzó un canto que comenzó demasiado agudo; siguió con adornos que, tal vez, carecían de fluidez y terminó con brusquedad, lo que mostraba la debilidad de su aliento.

Evidentemente, era un pobre gallito desplumado que sufría de defectos congénitos y de subalimentación. Sin embargo, su valor era apreciable.

Huang Sha encendió la lámpara de kerosén, y miró su reloj pulsera. Ya eran las 4 y 21 minutos. Se levantó apresuradamente; con una toalla mojada en agua fría se limpió la cara y enseguida abrió la puerta. Allí, ante ella, ya estaba parado Xiao Xuexin. Acto seguido, en el pueblo sumergido en el silencio y el frío de la madrugada sonó estrepitosamente el silbato.

Huang Sha se adelantó y se fue caminando por el "lomo de tiburón" cubierto de una gruesa capa de escarcha, en espera de los demás. Pensaba: "Es muy temprano; seguro que los del pueblo Álamo, como siguen un camino erróneo, todavía están durmiendo. Cuando uno está bien alimentado se vuelve perezoso. Estar bien alimentado se liga inevitablemente con la pereza y luego, sin duda alguna, uno se vuelve codicioso, goloso y corrupto".

Sorpresivamente, del pequeño bosque del este llegó a sus oídos una risa cristalina, la risa de una muchacha joven, sincera y alegre, como el solo de una soprano que después de una corta frase guía a un coro femenino: el estallido de risas de un grupo de mujeres. Huang Sha se asombró mucho, como si hubiera descubierto enemigos emboscados. Dirigiéndose hacia el bosque le gritó a las mujeres del pueblo vecino, de quienes sólo podía divisar las siluetas: "Hola, heroínas del pueblo Álamo, ¡qué temprano amanecieron!"

Primero aquella soprano lanzó dos carcajadas: "Ja, ja, hace más de una hora que estamos aquí".

"¿Qué están haciendo?"

Algo traviesa, la soprano dijo: "¡Estamos recogiendo el oro!, camarada del pueblo Guingo. Tememos que se levante un viento fuerte y se lleve nuestras hojas de oro".

Burlándose dijo Huang Sha: "¡Tal vez temen que el viento se lleve sus ahorros para la dote!"

"¡Claro que sí!", dijo la soprano con naturalidad y soltura, contrariamente de lo que él esperaba, "de cien hojas, noventa y nueve son para la brigada y una para mí".

Molesto, Huang Sha murmuró para sí: "Codiciosas, ¡tan

sólo por una hoja! Hum..."; reflexionó un rato para encontrar las palabras con las que creía poder ponerlas.

"Dicen que ustedes han aplicado el sistema de cuotas de producción con base en la familia. ¿Es verdad?"

"Le parece horrible, ¿no? —replicó con agilidad la soprano, devolviéndole la granada de mano que él había lanzado sin tirar la cuerda—. Lo que aplicamos es el sistema de responsabilidad. Cuando tenga tiempo, pase usted por favor a nuestro pueblo Álamo. Le buscaremos a un niño de tres años para que le explique qué significa el sistema de responsabilidad en la producción".

Las mujeres estallaron otra vez en risas.

"Al aplicar el sistema de responsabilidad, cuando plantamos árboles permanecen vivos, cuando cultivamos cereales logramos abundantes cosechas y, además, el sistema cura la pereza. Pase usted a hacernos una visita. Sacrificaremos a un cerdo o un carnero para convidarle. Le ofreceremos dulce de cacahuete para que lo pruebe, ji..., ji..."

Huang Sha, sin dignarse a discutir con ellas, dijo para sí: "Con semejante conducta equivocada y yendo por un camino erróneo, van a terminar mal".

Las mujeres de Álamo ya no volvieron a hacerle caso. Sólo se oían el rítmico sonido de los rastrillos con que recogían hojas secas. De súbito, aquella soprano de dulce voz comenzó verdaderamente a cantar:

Pregunto al agua del río:
 "¿Qué estás haciendo?"
 El agua, sin hacerme caso,
 se precipita río abajo
 y al mismo tiempo canta:
 "No tengo momentos ociosos
 para platicar en vano contigo".

Sin saber por qué, a Huang Sha le pareció que esa canción tenía un fondo político erróneo, era débil artísticamente, tenía demasiadas fiorituras y adornos, y era algo superficial. No pudo menos que mover la cabeza en sentido negativo y suspirar. Cuando volvió a mirar su reloj, ya habían pasado las cinco. Xiao Xuexin nunca había dejado de silbar; sin embargo, los comuneros iban llegando despacio.

Muchos de ellos sólo al acercarse a Huang Sha se dieron cuenta de que el secretario del comité del Partido de la comuna había llegado.

Xiao Datong, famoso por su imprudencia, dijo en voz alta, con un tono desesperado: "Lao Huang, ¿por qué has regresado?"

Huang Sha le contestó: "Hacía ya más de diez años que no venía. ¿Acaso no me quieren dar la bienvenida?"

"¡Ay!, ¿cómo dice eso? Usted es nuestro timonel".

De no haberse tapado a tiempo la boca, todos habrían soltado la risa.

Xiao Xuexin subió la ladera a la zaga de todos. El contorno del pueblo Álamo se distinguía cada vez más claramente en el alba. No era día de fiesta ni Año Nuevo, pero los gongs y los tambores sonaron estrepitosamente. Huang Sha preguntó: "¿Acaso se han vuelto locos?"

Un comunero dijo fríamente: "Cinco familias están levantando la viga maestra para sus nuevas casas de teja".

Xiao Datong comentó: "En su brigada el valor del punto de trabajo es alto".

Huang Sha le clavó la mirada: "¿Ustedes no saben más que preocuparse por el valor de punto de trabajo!"

Xiao Xuexin le replicó, para sus adentros: "Usted sí que no se preocupa por eso, pues no depende de los puntos de trabajo para mantenerse; como cuadro divorciado del trabajo productivo, tiene su sueldo fijo".

Huang Sha, excitado, dijo: "¿Acaso hacemos la revolución tan sólo para obtener nuevas casas de teja, para el valor de punto de trabajo? No, lo que pretendemos es el socialismo y el comunismo".

Xiao Xuexin se quejaba para sí: "¿Acaso el pueblo Álamo no está construyendo igualmente el socialismo?"

"Después de tantos sacrificios, durante años de arduas luchas llenas de calamidades, de dificultades, a duras penas sí podemos mantener nuestra posición socialista".

De pronto, como por coincidencia, los comuneros dirigieron su mirada a la ladera occidental cubierta de unas pobres hierbas marchitas.

“¿Cuál es la ventaja de la comuna popular? La ventaja consiste en su máximo colectivismo, en ser grande...”

Xiao Xuexin dijo para sí: “Pero los zapatos no siempre son buenos por grandes, sino por ser de la medida justa, porque sirvan para que uno pueda correr con más rapidez”.

“También consiste en su colectivismo...”

Xiao Xuexin dijo suspirando, para sí: “¿Qué clase de colectivismo es ése que no aprecia a los que valen y no desprecia a los culpables, que no premia a los laboriosos ni castiga a los perezosos? ¿Acaso esto es colectivismo? Con este colectivismo se pasará hambre colectiva y se sufrirá frío colectivo. Yo no quiero ese tipo de colectivismo”.

“Ellos —Huang Sha con la barbilla señaló a la aldea Álamo— promueven abiertamente el enriquecimiento. ¿Qué ventaja tiene el enriquecimiento de los campesinos?”

Xiao Xuexin, contemplando uno tras otro los rostros perplejos de los campesinos, se preguntó: “Al fin y al cabo, ¿que hay de malo en eso?”

“Ellos aplican ese tal ‘sistema de responsabilidad’. Dejemos de lado el hecho de que ese sistema no se diferencia para nada del que fija las cuotas de la producción agrícola tomando como base a la familia, el cual ya ha sido desacreditado por completo. ¿Cómo se distribuye el agua para el riego? ¿Cómo se arregla el uso de los animales de labranza? ¿Y los aparatos agrícolas? ¿Y las máquinas agrícolas? De seguro discuten hasta romperse la cabeza. Seguro que hay un gran lío”.

“¡Lao Huang, ellos también cuentan con un secretario del Partido Comunista! —intervino de súbito Xiao Datong—. También tienen su célula del Partido y sus militantes. Ya hace más de un año que aplican el sistema de responsabilidad. Todos tienen la cabeza completa, sana y salva...”

“De todas maneras, no haremos cambios. Esto es un problema de principios relacionado con el avance o el retroceso. Yo, Huang Sha, que siempre he obedecido incondicionalmente las instrucciones de las autoridades del Comité del Partido, esta vez insistiré hasta la muerte, aunque las autoridades del Comité del Partido hayan tomado otra decisión. El secretario del Comité de esta provincia acepta arriesgarse a la acusación de ser un elemento revisionista, pero yo, como secretario del

Comité del Partido de la comuna, prefiero mantener la integridad hasta el fin de mis días”.

Xiao Xuexin replicó para sí: “¡Por su llamada integridad tendremos que apretarnos el cinturón!”

“Más vale morir en la miseria que aprender de ellos semejante sistema de responsabilidad —dijo Huang Sha con el mayor desprecio, y para destacar ‘ellos’, lo recalcó sonoramente—. Miren bien la aldea Álamo ¡es un gran lío!”.

“No veo ningún lío”.

“Allí prevalecen un humo pernicioso y un vapor venenoso”.

“El humo es del horno de ladrillos y el vapor de la destilería de aguardiente de sorgo”.

“Si todo el país fuera como ellos...”

“¡Qué bueno sería!”

“...se convertiría en un corrupto mundo capitalista”.

“¿Acaso el proletariado no necesita un mundo próspero?”

“Xuexin —preguntó de súbito Huang Sha—, ¿por qué sigues atontado? ¿Son éstos todos los que salen a trabajar?”

De la mirada de Xiao Xuexin pudo “escuchar” su respuesta: “Claro, son todos...”

“¿Por qué salen tan pocas mujeres? Las del otro pueblo, antes de las cuatro ya estaban recogiendo hojas. No podemos ser peores que ellas”.

La mirada de Xiao Xuexin expresó la que decía para sí: “¡Es importante ser mejores que ellas!”

Huang Sha recordó a Xiao Juan. ¿Por qué ella no había salido a trabajar? ¿Cómo era posible que una muchacha ya grande no saliera a trabajar?

“¿Por qué Xiao Juan no ha venido?”

El rostro de Xiao Xuexin se ensombreció.

“Tú eres un veterano jefe de brigada, un viejo militante, ¿cómo es que no sabes educar a tu hija para que salga más seguido a trabajar?”

Los comuneros vieron que a Xiao Xuexin se le habían hinchado las venas azules de las sienas, que no cesaban de palpitar. Sólo Huang Sha no se había fijado y continuó insistiendo:

“¡Díme algo! ¿Por qué no hablas? ¿Acaso no sabes hablar?”

Por fin Xiao Xuexin habló en voz alta. Estaba tan indig-

nado, y era tal su dolor, que tenía llorosos los ojos. Entre lágrimas balbuceó:

"Es que... ella... no tiene un saco guateado... para salir... tan temprano en un día... que hace tanto frío, con una blusa delgada..., ¿cómo puede?"

Todos los comuneros inclinaron la cabeza para fijar la mirada en sus pies...

Huang Sha, que no comprendía por qué Xiao Juan no tenía un saco guateado, ni cómo era posible que no lo tuviera, se quedó perplejo. Con voz ronca preguntó:

"Pero, ¿dónde está su saco guateado?..."

Durante un buen rato, nadie le contestó.

De golpe, con gran sigilo, apareció el sol en el horizonte. La luz del sol que alumbraba a los comuneros, al principio era tenue, de un color rosado. Sólo entonces Huang Sha se dio cuenta de que el cuerpo de Xiao Xuexin estaba cubierto, o mejor dicho, apretado por un pequeño saco guateado de mujer. Como estaba tan sucio y roto, ya no era fácil distinguir su color original ni su estampado. Huang Sha pensó: "Seguro que Xiao Xuexin va vestido con el saco guateado de Xiao Juan. Entonces, ¿dónde está su propio saco?"

Un hombre cincuentón, laborioso, listo, simpático y ambicioso, fiel al Partido, iba vestido con un pequeño saco guateado de mujer, apretado al cuerpo.

Las mujeres de la aldea situada en el este, todas con su saco estampado, con un pañuelo multicolor de lana en la cabeza, con una cesta llena de hojarasca en la espalda y un rastrillo de bambú en el hombro, salían del bosque. Aquella soprano sólo ahora se podía distinguir que era una muchacha con un pañuelo de color púrpura en la cabeza. Tenía seguramente la misma edad que Xiao Juan y las dos se parecían... Ella alzó la cabeza para volver a cantar...

Publicado en *Renminribao* (Diario del pueblo), 9 de febrero de 1980.

Corrección español: MARIELA ÁLVAREZ